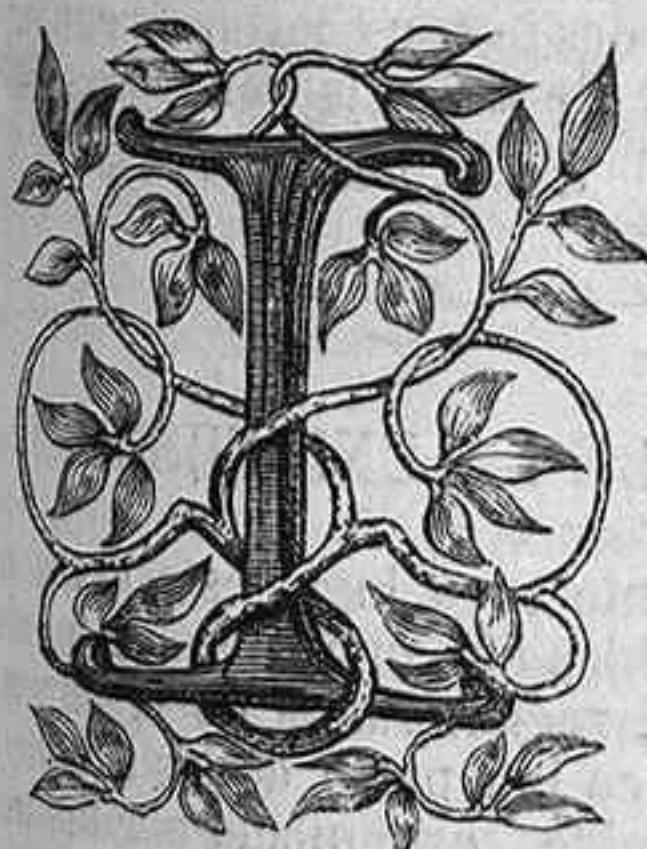




NUM. 45. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID : por números sueltos 4 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 8 DE NOVIEMBRE DE 1868. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



man irresistible que atrae toda la atencion de las naciones extranjeras es el nuevo orden de cosas inaugurado en nuestra patria, merced á la última revolucion; y mientras Víctor Manuel parece decidido á rehusar su aprobacion al nombramiento (si se hiciera) de su hijo el duque de Aosta para el trono de España,

man irresistible que atrae toda la atencion de las naciones extranjeras es el nuevo orden de cosas inaugurado en nuestra patria, merced á la última revolucion; y mientras Víctor Manuel parece decidido á rehusar su aprobacion al nombramiento (si se hiciera) de su hijo el duque de Aosta para el trono de España, en razon á que este nombramiento significaria una amenaza al emperador de los franceses; y mientras se supone igual decision en la reina Victoria, caso de resultar elegido el príncipe Alfredo; y mientras la corte de Roma, que ve desaparecer ó volversele contrarias todas sus antiguas alianzas, anda temerosa y agitada informándose de la conducta que Austria piensa seguir respecto de nuestra patria, conducta que M. de Beust ha declarado será benévola, como la de todas las potencias occidentales, la prensa de París discute ardientemente acerca de nuestra próxima constitucion política, y *La Liberté*, *La France* y *L'Univers*, aparecen sosteniendo una interesante polémica sobre el tema tan favorito hoy de la monarquía y la república.

Los Estados-Unidos, que tales muestras de entusiasmo parecen haber dado á la noticia de nuestra revolucion, y cuya amistad debe ver con satisfaccion el Gobierno provisional, se agitan hoy con el grave problema de la eleccion del presidente, habiendo retirado tal vez á estas horas los demócratas la candidatura de Seymour, sustituyéndola con la de Chase. El triunfo de Grant es ya un hecho. El gobierno francés ha ordenado á todos sus emba-

jadores regresen á París y el *Moniteur* recuerda con profunda intencion y ante los armamentos de Austria, las miras pacíficas de esta noble potencia.

Otro tanto hacen, por el orden europeo, Italia, Rusia y Turquía, que arman fusiles á toda prisa; secundando á Francia, que dice necesitar 1.400,000 soldados en su ejército; y todos se aseguran, sin embargo, mutuamente, que las mas sanas y cordiales intenciones les guian y señalan como de paz y fraternidad inalterables, un porvenir que se presenta erizado de cañones.

Tales preparativos por un lado, y por otro la influencia necesaria y esencial de nuestra nacion en los destinos de Europa, nos hacen presentir con fundamento una profunda crisis que los modernos ideales de la política y del derecho agitan dentro del molde de hierro de la situacion presente.—Roma (la Roma del poder temporal) tiembla ante el destronamiento del último Borbon; Francia despierta, bajo el manto de su César; Portugal oye sin mucho júbilo (sobre todo en los círculos oficiales) la voz de la *Union Ibérica* que llama á su casa y á la nuestra; y la misma Rusia siente correr por sus venas heladas la sangre de fuego de la nueva idea.

En presencia de esta situacion, que indica la aspiracion general de los pueblos á organizarse bajo principios mas racionales y amplios de vida y de derecho; en presencia de este imponente espectáculo que Europa nos ofrece, España, como todo pueblo cuyas condiciones lo llaman á pesar en su dia en la balanza de la sociedad internacional, tiene el inescusable deber de levantar la vista mas allá del estrecho horizonte de los partidos y de los deseos y opiniones individuales, y constituirse sobre bases análogas á las que sirven de asiento á la organizacion política de los demás pueblos civilizados, tendencia que compartida hoy ya por todos, llevará en tiempos, todavía lejanos, á esa federacion universal de las naciones que los hombres de Estado comienzan á no considerar como un sueño de los filósofos y los utopistas.

A este movimiento del exterior, responde, pareciendo como que mutuamente se animan y completan, el movimiento interior de España, significado no sólo por los libros y los periódicos, las reuniones y las asociaciones, sino tambien por la actitud del gobierno, expresion leal muchas veces del estado íntimo de la opinion.

La apertura solemne de la Universidad, en cuyo vasto Paraninfo apenas podia contenerse el oleaje de la multitud que lo llenaba como nunca, es el hecho quizá más importante de toda la semana, significando en toda su integridad y en la raiz misma de nuestra vida, la nueva era que el Rector anunciaba para nuestras instituciones.

Las cátedras populares desempeñadas por los estudiantes, se han inaugurado ya en varios centros, y continuarán inaugurándose todavía. El dignísimo Rector de la Universidad ha presidido todos estos actos, acompañado de muchos profesores públicos, dirigiendo en estas ocasiones á la juventud escolar su voz, autorizada y grave, sencilla y elocuente. Para corresponder de un modo adecuado al estímulo de su sabio y celoso maestro, estamos seguros de que los estudiantes no perdonarán medio alguno.

El *Ateneo* ha renovado sus sesiones, discutiendo sobre las formas de gobierno, asi como la *Sociedad de Economía política*, en cuyo seno ha hecho oír su elocuente palabra el ilustre orador del liberalismo francés M. Pascal Duprat. La *Asociacion abolicionista* ha nombrado su junta y dispone otra nueva reunion, que se dice será secundada (más ó menos afortunadamente) por un *meeting* de señoras igualmente dirigido contra la esclavitud.

Si de esta actividad intelectual y social pasamos á la puramente política, debemos señalar en primer término á la atencion del público la carta electoral de los mas autorizados demócratas á sus correligionarios. En ella se muestran sentimientos de concordia entre todos ellos y un espíritu verdaderamente de partido, que haciendo constar la necesidad de convenir en absoluto en lo fundamental, permite libre determinacion á las opiniones y á la conducta de los demócratas en puntos subordinados y en la apreciacion de las circunstancias. Todos comprenderán que hablamos de la cuestion de forma de gobierno, con razon colocada por los autores de este manifiesto en un lugar subordinado á los derechos del hombre. La frase del señor Orense «vale mas una mala república que una buena monarquía» parece haber perdido todo crédito entre sus amigos.

La *Gaceta* ha traído en estos dias algunas disposiciones importantes. Entre ellas ocupa el primer lugar sin disputa la que sanciona en apariencia y hace ilusorio en realidad el sagrado derecho de reunion. Ver-



aderamente el señor Sagasta, á cuyas intenciones liberales hacemos la cumplida justicia que sus antecedentes exigen, no acierta á formular con toda precisión los principios que deben regir de hoy mas nuestra vida, y se halla harto inficionado del espíritu apocado y receloso del doctrinarismo. La cuestion de las asociaciones benéficas no ha sido tampoco resuelta con fortuna por el ministro de la Gobernacion.

A estas disposiciones deben añadirse la refundicion del Tribunal de las Ordenes en el Supremo, que ha sorprendido á los que esperaban no sin motivo el decreto de su supresion; la concesion de gracias á la marinería y sus oficiales subalternos; el decreto para la revision de los expedientes de los profesores públicos; la disolucion de la Junta de Beneficencia y alguna otra medida menos importante.

Continúa la languidez en los teatros, que no se levantarán como quiera.—La efervescencia política les hace además una guerra á muerte. Ni el de la *Opera*, donde actúa un cuadro menos que mediano, en el que se destaca Tamberlick, Boccolini y Selva; ni el de la *Zarzuela* con sus repeticiones de *El tanto por ciento*; ni el del *Circo*, ni el de *Novedades*, ni el de *Paul*, que intenta luchar con aquel, ni ninguno en suma, promete gran animacion por ahora. En cambio las comedias caseras (que por lo comun son verdaderas ejecuciones), han comenzado en sus acostumbrados teatros, haciendo las delicias de la sociedad elegante. Deben desear mayor prosperidad que la que alcanzan las funciones públicas.

F. GINER.

ORIGEN Y USO DEL TABACO Y DEL OPIO.

En una disertacion académica satírico-burlesca, publicada en París por los años de 1576, el autor se esfuerza con ahinco en probar, citando á trochemoche un sinnúmero de antiguos escritores, que el uso del tabaco se pierde en la noche de los siglos, y que esta planta no la debemos á los pueblos del otro hemisferio, como generalmente se cree; y á fin de dar mas importancia y novedad á su trabajo, tan ocioso como inútil, pone término á su disertacion con estas palabras: «Y el padre Homero tomaba tambien rapé.»

Si quisiéramos espurgar todas las bibliotecas, como el Cura y maese Nicolás lo hicieron con la de Don Quijote, condenando á la hoguera los libros perjudiciales á la religion y á la moral, no vacilaríamos en afirmar, sin temor de equivocarnos, que no quedaria ni la tercera parte de todo lo que se ha impreso desde Gutenberg hasta nuestros dias. Pero dejemos que piense cada cual á su talante, y que escriba lo que quiera. Nosotros, ateniéndonos á lo que de mas positivo nos refiere la historia, volvemos á nuestro principal argumento.

Noel en su *Diccionario de los orígenes, las invenciones y los descubrimientos*, hablando del tabaco, se expresa en esta forma: «Dícese que los antiguos galos y germanos tenían un equivalente al tabaco, y se afirma que, pulverizando el cáñamo, lo ponian sobre piedras enrojadas por el fuego. El humo que despedía el cáñamo les embriagaba, causándoles languidez ó desmayos suaves y placenteros. Los druidas, que eran sus sacerdotes, usaban esta especie de narcótico delante de sus ídolos, Teutates é Irminsul.»

Considerado el tabaco como un narcótico, tiene tambien un equivalente en el opio. Con efecto, muchos pueblos del Asia, y con especialidad los de la India, fuman en largas pipas opio en vez de tabaco. Los dos sirven de fármaco en muchos casos; pero se diferencian sobre manera. El tabaco tiene virtudes específicas, que no son propias del opio; y este último tiene un fondo venenoso y mortífero, que lo distingue del tabaco.

Tissot en su precioso libro: *De las enfermedades de los hombres de letras*, cree que el uso del tabaco en polvo, y el de los cigarros, daña la salud, altera la digestion y debilita la memoria. El licenciado don Antonio Lavedan en su libro titulado: *De los usos, abusos, propiedades y virtudes del tabaco, cafe, te y chocolate*, opina de distinto modo, y cree que el uso del tabaco es saludable. Si es cierto lo que afirma Tissot, los perjuicios causados por el tabaco no son ni rápidos ni frecuentes, porque personas que toman polvo y no han dejado nunca de fumar, están recios y fuertes, sin alteracion en su fisico, y dotados de mucha memoria. Pero sea como fuere, es indudable, que hoy el tabaco se ha convertido casi en un artículo de primera necesidad, y que los gobiernos han querido explotarlo este ramo de riqueza, declarándole renta estancada. Desplomada hoy la antigua dinastia, parece que los españoles disfrutarán tambien del beneficio de fumar y tomar polvo, gastando menos por el desestanco del tabaco.

Volviendo á nuestra tarea, despues de esta breve digresion, no queremos pasar por alto que el tabaco ha tenido una gran variedad de nombres. Introducido en Europa y propagado su uso por los años de 1560,

se le dieron en un principio los nombres de *nicotiana*, *yerba del gran prior* y *yerba de la reina*. Hé aquí su origen y etimología. Nicot, embajador de Francia en Portugal, habiendo recibido el primer tabaco de un mercante flamenco, lo presentó, apenas llegado á Lisboa, al gran prior, y luego á su regreso á la corte de Francia, lo presentó á su soberana, Catalina de los Médicis, y el tabaco tomó estos tres distintos nombres. Mas adelante se le llamó *yerba de Saint-Croix*, y *yerba de Torna-Buona*, nombres entrambos de los dos purpurados que le introdujeron y recomendaron su uso en Italia.

En las Indias Occidentales, y particularmente en el Brasil y en la Florida, se le daba el nombre de *pétum*, que todavía conserva; pero los españoles le dieron el de *tabaco*, porque vieron por primera vez esta planta en *Tabago*, una de las pequeñas Antillas, y de esta isla la llevó á Inglaterra en 1585 Francisco Drake.

El tabaco ha tenido sus opositores y sus panegiristas: Amurat IV, emperador de los turcos, el czar Miguel Federowitz, abuelo de Pedro el Grande, y uno de los reyes de Persia, prohibieron á sus súbditos el uso del tabaco, imponiendo la última pena á los contraventores, ó la de cortarles la nariz. Jacobo Stuart, rey de Inglaterra, y Simon Paulli, escribieron un tratado sobre el mal uso del tabaco; y Urbano VIII publicó una bula en la cual excomulgaba terminantemente á los que toman polvo en las iglesias. El célebre misionero padre Labat dice en su *Nuevo viaje á las islas de América*, que el tabaco fue una verdadera manzana de discordia, y que encendió una guerra muy viva entre los sabios.

Voltaire observa en su *Diccionario filosófico* que cuando comenzó á propagarse en Francia el uso de tomar polvo, se le consideró como poco conveniente á las mujeres; y esta especie de preocupacion dura todavía en nuestros países meridionales. Con efecto, el uso del tabaco parece muy ajeno al bello sexo, y se permite únicamente á las mujeres muy ancianas.

Los primeros que aprendieron á fumar cigarros, fueron los pueblos indígenas y mas bárbaros del otro hemisferio; pero hoy el uso de los cigarros y el de las pipas, se ha propagado en términos tan generales, que forma parte de la vida galante. En los cafés, en los teatros, en las tertulias mas concurridas, los jóvenes elegantes se presentan siempre fumando ricos habanos. En Turquía y en todas las costas de Africa, las mujeres fuman en largas pipas, muy distintas en su forma de las que usan los hombres; y en atencion á que todos conocen estas últimas, hablaré de las primeras. Las pipas á que aludo, tienen una boquilla de marfil ó hueso en la estremidad superior, y otra en la mas inferior, son muy largas y blandas, entretejidas de seda y cáñamo, y dan tres ó cuatro vueltas en derredor de grandes bolas de cristal, llenas de agua, y con un pequeño tubo, en donde se coloca la boquilla inferior de la pipa, asi que, fumando, el humo sale todo del agua. Yo ví estas pipas mujerieles, estando en Argel agregado á la legion extranjera. Las pipas ordinarias, y destinadas esclusivamente al servicio de los hombres, tienen dos ó tres varas de largo, el mango de caña sutil, adornada de cintas de color, y una bolla en la estremidad superior. Esas pipas en los cafés turcos de la costa de Africa se alquilan, y en Argel, con dos sueldos franceses, que equivalen á tres cuartos y medio de nuestra moneda, podia cualquiera fumar regaladamente de las ocho de la noche, hora en que se abrian los cafés turcos, hasta las once, hora en que se cerraban.

El tabaco, dice Lavedan en la obra arriba citada, es uno de los remedios mas oportunos contra muchas enfermedades. Voy á trascribir sus mismas palabras: «El uso del tabaco en humo es un gran específico para »consumir y evacuar los materiales crasos y flemosos »del pecho, y en las dificultosas respiraciones causadas »de materiales gruesos, y en las toses antiguas en »que no se arranca nada, ni han bastado otros re- »medios.»

«Tiene el tabaco en humo virtud de dar descanso al »cuerpo trabajado y cansado, para el cual efecto lo »usan los indios orientales y occidentales que trabajan »mucho.»

En las grandes aflicciones y en los insomnios, un polvo de tabaco de Kentucky, consueta y reanima el espíritu. Despues de haber pasado largas horas en meditacion profunda sobre puntos áridos y muy difíciles de resolver, bien sean literarios y científicos, ó puramente políticos, un buen polvo de tabaco descarga la cabeza y aclara las ideas.

El uso del cigarro en el invierno, da calor al cuerpo, ayuda la digestion, modera el hambre, y es muy útil y saludable navegando, porque absorbe la humedad: los marineros se libran del escorbuto mascando panecillos de tabaco.

El opio, que se estrae de las adormideras, se diferencia mucho del tabaco, porque es un verdadero narcótico, que causa muy á menudo la muerte ó el aturdimiento y la estupidez. El mas perfecto es el que se estrae, por incision, de una especie de adormideras blancas; el opio, llamado por los médicos *opio-meconium*, es de calidad inferior, porque se prepara con

mas ligereza y se estrae de las adormideras despues de haberles sacado todo el jugo; el opio tebaico se obtiene haciendo evaporar el jugo de las adormideras hasta convertirlo en consistente y sólido. Este opio no deja de tener aprecio.

En todo el Oriente, como va dicho arriba, se fuma muy á menudo opio en vez de tabaco; y algunos mezclan las dos cosas en sus largas pipas; pero en la India, en Turquía, en la China, los hombres se abandonan constantemente y con furor al uso del opio. Una larga serie de monarcas del celeste imperio, prohibieron la entrada del opio en sus Estados, y amenazaron con penas severísimas á los que le usáran; pero los ingleses, especuladores y comerciantes prepotentes, despues de repetidas guerras, y de haber vencido á los chinos, han obtenido la entrada libre del opio en el celeste imperio.

El opio, tomado en dosis muy reducidas, amortigua los dolores agudos, tranquiliza el espíritu, y mitiga la fuerza de las sensaciones molestas. En el Oriente muchos lo toman porque produce una especie de embriaguez, que exalta la imaginacion, dando margen á éxtasis y á un sonambulismo voluptuoso. Con efecto, en toda el Asia, los que sufren navegando, se ponen la cuarta parte de un grano de opio bajo la lengua, y este calmante les produce sueños tan suaves y placenteros, que les trasporta á un nuevo Eden. Durante su sonambulismo ven ninfas en actitud lúbrica y seductora, ven amenos verjeles, bailes deliciosos, pajarillos que alegran los campos con sus armoniosos trinos, y otras cosas por el mismo estilo.

En toda la costa de Berbería, y con especialidad en Tunez, las berengenas son un gran narcótico, que se diferencia poco del opio. Con efecto, producen un letargo profundo, que causa la muerte, si se comen sin depurar primero su parte venenosa, mojóndolas en vinagre.

Un napolitano, que ignoraba todos estos pormenores, habiendo visto en la plaza de Tunez á su primer desembarque unas gruesas berengenas muy coloradas y frescas, las compró, y despues de haberlas guisado él mismo, las comió con particular gusto. Pero al cabo de un breve rato, sobrecogido de un gran sueño, se acostó vestido. Pasado todo aquel dia y toda la noche, viendo las personas que vivian en la misma casa, que estaba sumido en una especie de letargo, procuraron despertarle á viva fuerza. No habiendo podido lograrlo, su insensibilidad les infundió la grave sospecha de que se envenenaria comiendo berengenas: llamaron precipitadamente á un médico francés establecido en Tunez, el cual, mediante un largo tubo, le vertió en el estómago mucho vinagre. El napolitano comenzó á dar poco á poco señales de vida, y por último se despertó; estuvo, sin embargo, enfermo mas de un mes, á consecuencia del gran quebranto que habia sufrido su fisico.

Pero asi el opio, como otros muchos venenos, pierden su fuerza y actividad, si un hombre se acostumbra paulatinamente á tomarlos: yo he conocido en Nápoles un sinnúmero de campesinos que almorzaban todos los dias pan y cicuta, y que estaban muy sanos, festivos y recios. Acordémonos de Mitrídates, rey de Ponto, que queriendo envenenarse, no pudo, porque se habia acostumbrado desde muy joven á regalar su cuerpo con toda especie de bebidas venenosas.

SALVADOR COSTANZO.

LA APERTURA DE LA UNIVERSIDAD.

El dia 1.º del corriente tuvo lugar este acto, que dejará recuerdos indelebles en cuantos lo han presenciado. La Universidad, recién salida de la persecucion que sufrió hace poco por parte de las iras de un gobierno osado y descreído, ha abierto sus puertas, regados y los ignorantes, ha abierto sus puertas, regenerada por la libertad que la ha dignificado y engrandecido. Ya no es aquella casa, como tan elocuentemente decia el nuevo Rector, una oficina, sino el alma mater de los estudios, el centro de la enseñanza, libre hoy dentro y fuera de la que el Estado subvenciona.

Desde las doce de la mañana se hallaba la parte del Paraninfo destinada al público, materialmente llena, como no se ha visto jamás. El salon, que ha sufrido en su decorado las transformaciones que exigia la ruptura de la servidumbre administrativa que hasta aquí oprimia la Ciencia, ostentaba en su frente, sobre el sòlio, el lema: *Libertad de la ciencia* y las palabras del Evangelista: *Veritas liberabit vos* (la verdad os hará libres), con otras inscripciones igualmente significativas y oportunas.

A esa hora, en casa del doctor don Fernando de Castro, catedrático inicuamente separado por el anterior gobierno é investido hoy con la elevada dignidad del Rectorado, (antes ofrecida al decano de los profesores depuestos, doctor don Julian Sanz del Rio), se habian reunido todos los que se hallaban en este caso, hoy vueltos á sus cargos por un acuerdo de la Junta, confirmado por el Gobierno provisional; y la comision

de estudiantes de todas las Facultades que habían llevado en sus coches á aquellos hasta la casa del señor Castro, así como al antiguo catedrático, doctor Juan Manuel Montalban, cuyo ejemplo de dignidad y entereza en su puesto de Rector, cuando los sucesos de 1865, no podían olvidar profesores ni alumnos, ni debe apartarse jamás de la memoria de cuantos estimen en algo el honor de los hombres y el de las instituciones.

Juntos todos, profesores y alumnos, en fraternales vínculos, rompiendo el abismo que la pedantería escolástica y administrativa había interpuesto entre ambos elementos integrantes de la Ciencia y la Universidad, se dirigieron en comitiva á esta última, y subieron á la Sala Rectoral, dentro de la cual era ya imposible dar un paso. Casi en el instante mismo llegaron los Ministros y se dirigieron con el Claústro al Paraninfo, donde tomaron asiento respectivamente bajo el sòlio y en los bancos doctorales. Ocupó la Presidencia el Ministro de Fomento, teniendo á sus lados á sus compañeros de Gracia y Justicia, Guerra y Marina, y á los señores Ríos Rosas, Aguirre y Moreno Benitez, y ¡oh asombro! al Patriarca de las Indias. El señor Figuerola se hallaba entre los Doctores.

Nombrada una comisión de Catedráticos y alumnos, subió á la Rectoral, donde habían quedado el señor Montalban y los Catedráticos repuestos, y los acompañó hasta llegar al centro del Paraninfo, donde tomaron asiento, leyéndose por el nuevo y distinguido Secretario los decretos referentes á la reposición de los Profesores, exoneración del señor marqués de Zafra y nombramiento del señor Castro, decretos recibidos por salvos de atronadores aplausos y aclamaciones. El señor Montalban entonces, dirigió al Ministro y al Claústro su autorizada palabra, presentando á los Profesores destituidos, despues de lo cual el señor Ruiz Zorrilla los declaró repuestos en sus cargos. A seguida tomó posesion igualmente el nuevo Rector, y subiendo á la tribuna, en medio de los mayores vítores y aclamaciones, leyó el magnífico discurso que tan unánime aplauso ha recibido de toda la prensa, y que interrumpía á cada período el entusiasmo de los claustales como del público.

La síntesis de este discurso es que hoy comienza para la Universidad una nueva vida en que deja de ser una mera dependencia administrativa y política para ser una sociedad libre, centro de la cultura y educación científica, organizada sobre nuevas bases y auxiliada por el Estado, hasta que llegue el día en que pueda vivir exclusivamente de sus propias fuerzas. Y en efecto, pocas cosas recordaban la antigua é inerte Universidad Central. Casi todos los Catedráticos (entre ellos todos los repuestos) y muchísimos doctores, habían abandonado (segun lo permiten las últimas disposiciones), el traje y las insignias de sus grados y categoría académica; las demás personas que entre ellos se sentaban, habían prescindido asimismo, en su inmensa mayoría; y si el general Prim y el señor Aguirre no habían imitado esta conducta, el señor Ruiz Zorrilla, el señor Romero Ortiz y el señor Ríos Rosas no mostraban otras señales de su elevada representación, que el puesto que ocupaban en la solemnidad. Estamos seguros de que la Universidad oficial ceremonial ha muerto, y que los uniformes y trages académicos se enterrarán definitivamente y prontamente, para consagrar así en lo exterior la nueva vida social, libre y científica de la institución universitaria.

No menos concorde con este espíritu se mostró el Ministro de Fomento cuando, distribuidos los premios á los alumnos del Curso anterior, dirigió la palabra al Claústro y al público. La sinceridad y nobleza de su acento al anunciar su firme propósito de sostener y desenvolver la libertad de enseñanza, «la primera de todas, despues de la religiosa» arrancó las más calorosas muestras de adhesion en todos los circunstancias, que no esperan hallar en la conducta ulterior del celoso Ministro, y en la eficaz é inteligente cooperación del Director de Instrucción pública señor Madrazo, sino nuevos motivos de aplauso y nuevos vínculos de amistad.

Declarado abierto el Curso, y de regreso el Claústro á la Rectoral, tomó posesion de su puesto de Decano de la Facultad de Filosofía el doctor Sanz del Río, que no ha podido evitar esta carga, menos penosa para su salud y reposo que la del Rectorado. Las breves frases que dirigió con este motivo al Claústro, sellaron dignamente la solemnidad de un día que señala el comienzo de nuestra regeneración intelectual, sin la cual fuera vana é ilusoria la política.

F. G.

LOS CASAMIENTOS.

I.

EN EL CUARTO PRINCIPAL.

—No aumentará usted nada? pues entonces tengo el sentimiento de retirar mi proposición. La suma que he tenido el honor de indicar á usted, es la convenida con mi abogado y la mas en relacion con los bienes que mi hijo aporta al matrimonio.

—Perdone usted, caballero, la dote de mi hija no desmerece nada al lado de la fortuna del señor marqués.

—Sin embargo...

—Bien, no habremos de impedir la felicidad de nuestros hijos por tan insignificante cantidad; accedo á la petición de usted.

—(Muy bien, mi padre se ha portado como un héroe, es la cantidad que yo necesitaba; además, en casos extremos, la fortuna propia es menos ventajosa que la de la mujer... la carta de dote será la tabla de salvación que me libre del naufragio del embarque... ¡Ah diablo!... ¡qué tarde!... y la condesa me dió cita para dentro de una hora, que ya estará en el Casino su marido...)

—(¡Dentro de una hora seré marquesa! ¡qué alegría!... y casada ¡qué felicidad!... Una mujer casada entre las mujeres de mi clase tiene una libertad omnimoda de obrar; además brillaré en los salones por mi fastuoso lujo, por el que me tendrán envidia mis amigas. ¡Marquesa y rica!... podré brillar al lado de las de la Cebolleta, eclipsar á las de Pajarera y competir con la de Pico-largo. Además podré, como ahora, bailar con los que me agrade, cual si siguiera soltera, y sobre todo con Arturo... ¡Oh, Arturo!... ¡qué bonito caballo montaba esta mañana!... ¡qué bien monta ese chico!... ¡qué mirada tan tierna me dirigió al saludarme!... ¡y qué bien habla!... ¡qué bonitas frases me dice cuando estamos solos!... ¡yo le amo, y él me ama á mí, muchas veces nos lo hemos dicho; ¡sin embargo, me caso!... ¡Bah! ¿qué importa?...)

—Firmaremos, pues, en seguida los contratos; pasemos al salón.

—Señorita, nuestra felicidad se acerca; ser de usted era mi mas halagüeña esperanza, y dentro de breves instantes esa esperanza será una realidad. Me atrevo á creer que este habrá sido tambien el sueño dorado de usted durante los dos últimos meses que acaban de transcurrir. Desde hoy, la vida será para nosotros un paraíso.

—Tal creo.

Un lacayo que sostiene el portier.—(Pues yo tampoco. Allá lo veremos.)

II.

EN EL CUARTO SEGUNDO.

—(Si, te amo, Nicomedes mio. ¿Cómo resistir, sin sentir abrasado el corazón, la mirada de fuego que brilla al través de tus gafas verdes? ¿Cómo oír sin emoción el dulcísimo eco de tu voz y el metálico rumor de tus peluconas?)

—(Decididamente, esta muchacha está muerta por mí; mi belleza ha hecho en su alma una impresión tan indeleble, que si no me caso con ella, es capaz de suicidarse ó morir de pasión, de hipocondría. ¡Qué bonitas frases!... Es cierto que mi voz, gracias á una dentadura postiza, tiene un timbre agradabilísimo. Lo único que me desfigura es la calva, ¡si yo no fuera calvo!... ¡la peluca es cosa detestable!... en fin, yo espero que el aceite de bellotas, cuyo uso constante no abandono un solo día, devolverá á mi desnuda cabeza sus privadas galas de otro tiempo.) Si, ángel mio, el inmenso amor que te profeso es el que me hermosea; él da á mis ojos ese fulgor que te enamora y que es el reflejo de tus amorosas miradas, él imprime á mi voz ecos dulcísimos, como mi amor, para espresar en suaves cantinelas la pasión que te profeso. ¡Eh! ¿qué tal? me parece que hé dicho buenas cosas).

—Mira, amado mio, hay en la calle de Espoz y Mina un vestido tan bonito, ¡si vieras! raso color de ante, con pequeños pensamientos blancos y morados de un efecto admirable! ¡qué hermoso traje de desposada!

—Tendré un verdadero placer en regalártelo para el día de nuestro casamiento.

—Oh! que bueno eres, esposo mio.

—Y ahora hablemos de otra cosa; ¿tú conoces, niña mia, á un teniente de ingenieros que todos los días, y casi á todas horas, encuentro en esta calle, y hoy he encontrado en la escalera de esta casa?

—(¡Imprudente Emilio! ya le decía yo... Afortunadamente este es harto cándido para...) No sé; quizá sea el novio de la chica del cuarto tercero.

—No lo creo; la joven de quien hablas, está para casarse con un escribiente de mi oficina, y ambos se aman entrañablemente... No creo que tú me seas infiel...

—¡Oh! ¿ha podido ocurrírtese semejante idea, adorado Nicomedes?

—No, pero...

—Yo te amo mas que á mi vida, y moriría antes que serte infiel (¡Ay! ¡si se descompusiera la boda!...)

—Me arrepiento de haber abrigado tan injusta sospecha. No dudo de tu amor, ángel mio.

—Por fin!

—¿Qué sé yo? mucho se ha turbado... ¿se poblará de nuevo mi cabeza? en todo caso, y por lo que pueda ocurrir, suprimiré el aceite de bellotas para no tener parte en la desaparición de mi calvicie.

III.

EN EL CUARTO TERCERO.

—Sí, Angela adorada, el instante dichoso, en que han de realizarse todas nuestras esperanzas, se acerca; pocos días deben ya transcurrir antes del venturoso en que pueda llamarte mía. La semana que viene recibiré la credencial de mi nuevo empleo, y desde entonces disfrutaré mi sueldo de seis mil reales.

—¡Seis mil reales! esa cifra ha de traernos la felicidad. ¡Oh! ya verás; seremos tan felices con ella como lo es un potentado con sus millones; mi amor hará tales economías, que tu sueldo, despues de satisfacer nuestras necesidades, habrá de permitirnos nuestros caprichos.

—¿Y qué importa que no vivamos en la abundancia? Tu amor es la única necesidad de mi existencia. Con amor y sin ambición, puede un pobre ser feliz. Hé aquí lo que niega mi padre; dice que de soltero tenía él los mismos dorados sueños; pero que sin una ventajosa posición, no puede un matrimonio ser feliz; que mil necesidades surgen á cada paso en una familia, y que estas necesidades no pueden ser satisfechas; la desesperación se apodera de los corazones de ambos esposos; que nacen los hijos y con ellos la ambición para ellos en el corazón de los padres; y que la ambición en un pobre es la mas espantosa víbora que puede morder un corazón. Pero no; los que esto experimentan, no se aman verdaderamente. Con tu amor, ¿qué mas puedo yo ambicionar? Si tenemos hijos (aquí ella se ruboriza) los educaremos sin ambición, los haremos hombres honrados, y no crecerá en su corazón mas pasión que el amor al trabajo.

—Sí, esposo mio, y responderemos con nuestra dicha á las fatales predicciones de tu padre. Por hoy, sea nuestro lema aquel adagio vulgar: «Contigo pan y cebolla.»

A los lectores no puede negarse que el prometido de Angela ha estado muy poético y altamente moralista. ¡Qué frases tan bonitas si no fueran sólo frases!... Por lo demás, ¡si ustedes los vieran dentro de dos años!... ¡Oh sabias predicciones de la paternidad!

ALFREDO GONZALEZ PIET.

LAS ORILLAS DEL NILO.

En vano la inquieta curiosidad del siglo lanza expediciones tras expediciones y consume los tesoros del Creso, para descubrir por completo los misterios del Nilo. Ni sobre las fuentes de este río prodigioso, ni sobre los estraños fenómenos de su curso, sabemos aun bastante para poder pretender sentar una explicación satisfactoria, si bien el capitán Speke, su reciente explorador, cree hallar en el gran lago que se encuentra en los montes de la Luna el inmenso depósito de donde toma su caudal el anchuroso río.

A poco, el nombre del Nilo se cambia en el de río Blanco (Bahr-el-Abyad) y tiene por afluentes el río Azul y el Tanaze. Desde este punto hasta el Delta, esto es, en una extensión de 1,800 kilómetros, el Nilo no es alimentado por ningún otro tributario; ejemplo único, dice Humboldt, en la historia hidrográfica del mundo.

El curso del sagrado río ofrece las mas variadas peripecias. Cataratas y cascadas; escollos, picos y masas graníticas; pasajes estrechos, tortuosos y de gran profundidad; otros de la anchura de un kilómetro y casi vadeables; los cuadros mas sombríos y salvajes, y los mas gratos y risueños: toda clase de espectáculos, en fin, se suceden en el largo trecho que fecundan sus aguas.

Sabidas son las circunstancias de las periódicas avenidas del Nilo, que, como todos los ríos intertropicales, crece cada año, tras el solsticio de verano. Pero estas crecidas, con tanto afán esperadas y utilizadas con tanta industria, nada tienen de comun con las que asolan nuestras comarcas y siembran el luto en las familias. Numerosos canales, sujetos y entrecortados por gran número de diques de todas clases y dimensiones, aguardan la época de la avenida para distribuir las aguas por la vastísima region que fecundan y fertilizan, en medio de la alegría de una verdadera fiesta nacional, que no otra cosa es la ruptura de los diques, por lo comun verificada del 15 al 20 de agosto.

Una inmensidad de barcas y bateles surcan la sinuosa y desigual corriente del gran río, y llevan con el comercio de los productos, el de la civilización de todos los pueblos. Pero la riqueza mas opulenta, reservada á los goces de los pachás y que siembra de labores y dorados sus lanchas, codea la miserable canoa que atestigua la pobreza de un país donde apenas ha comenzado á infiltrarse, gracias al virey de Egipto, la progresiva igualdad de la civilización cristiano-europea.

J. M.

LOS GITANOS.

Diferencias características existen entre los pueblos cuya vida y cultura ha llegado á un punto que les permite asentarse de un modo estable en una localidad determinada y aquellos que, errantes y nómadas, carecen todavía del grado de civilización necesario para estimar debidamente la vida individual y doméstica cuyo pleno desarrollo sólo es posible en torno del hogar y bajo el techo de la casa.

El primer paso definitivo que dan esos pueblos en

el camino de su constitución es, con efecto, el cultivo del suelo, que no sólo los encadena á él con vínculos y atractivos tan irresistibles como son los del labrador y el propietario, sino que introduce formas y modos permanentes también en las relaciones sociales, imprimiendo este carácter de regularidad en todas las esferas de su vida. La propiedad territorial (como lo han presentado oscuramente comunistas y socialistas) es uno de los primeros elementos moralizadores de la sociedad humana.

Por el contrario, la vida nómada hace imposible una organización social fundada sobre bases firmes y du-

raderas, la pacífica y ordenada administración del derecho y la justicia, los lazos de amistad y fraternidad humanas, disueltos por el odio y las pasiones de familia con familia, y sólo por la violencia de otros pueblos más cultos, en cuyo seno se encuentren enclavadas, llega á tomar el odio al extranjero un sentido y valor que reemplaza en parte al verdadero amor de la nacionalidad y de la patria, sin poder jamás confundirse con él.

Uno de estos atrasados y anómalos pueblos es el de los gitanos. Raza errante, proscrita, solitaria, que no se mezcla con las demás, y que, extendida por todos



DANZAS MARROQUÍES.

los pueblos, muestra en medio de las diferentes familias que la constituyen, el sello peculiar y característico de su fisonomía propia é indeleble, los gitanos, así llamados en España (*zingari*, *tsiganes*, *bohémien*s, etcétera, en otros países), ofrecen en sus tipos y en sus costumbres ejemplo vivísimo y pintoresco de las tribus nómadas del Oriente.

La gracia más picaresca, unida á un cierto candor simulado, cuyo fondo es la más sarcástica y salvaje ironía, no menos que la holganza y la aversión á todo trabajo que les obligue á establecerse permanentemente en un lugar exclusivo, y el odio hacia los pueblos entre quienes viven y que desean expoliar y burlar en su provecho, empujan á los gitanos al ejercicio de aquellas profesiones que no piden sino sagacidad y astucia y mas favorecen la truhanería y el fraude sin los cuales el gitano se moriría de tedio, como el tráfico de ganado, y especialmente el de caballos, burros y mulos, nobles razas sobre que ejerce el arte de sus máculas y la tiranía de su látigo.

Hoy ofrecemos á nuestros suscritores un grupo que muestra pintoresca y gráficamente los tipos de ese pueblo enigmático, en todos sus sexos y edades. Abre la marcha el jefe de la familia y le siguen su mujer, sus hijos, una vieja que parece su suegra (pues también los gitanos están sujetos á esta enfermedad) y el fiel jumento, compañero infatigable de sus peregrinaciones.

¿A dónde van? No es fácil adivinarlo; pero el autor de este bello dibujo ha comprendido perfectamente el

carácter de los gitanos, pintando á su grupo en *marcha*, que es como mas revela su vida errante y vagabunda.

R. N.

SOBRE EL INTERES QUE TIENEN PARA ESPAÑA SUS ANTIGUAS MONEDAS.

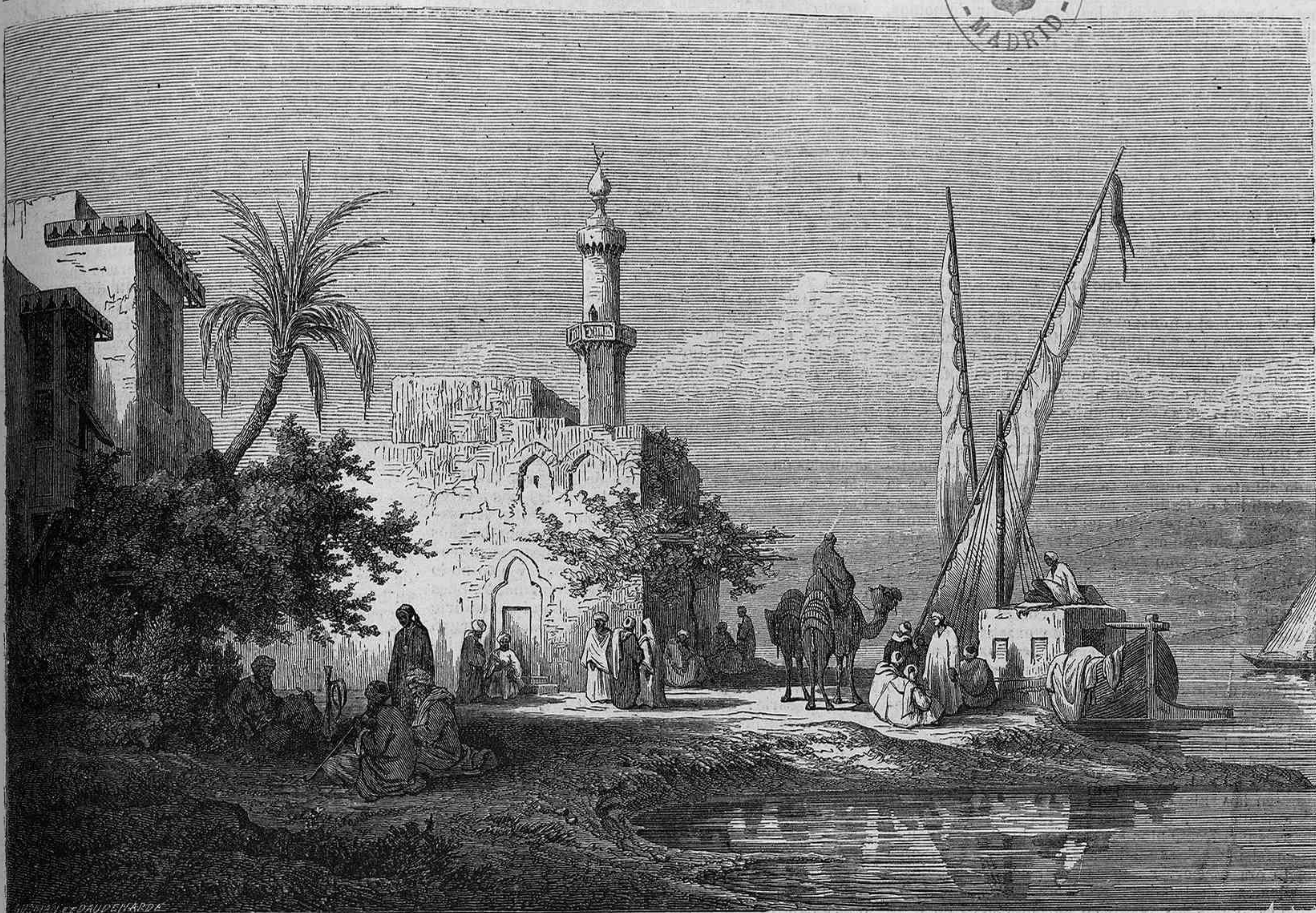
Aunque son varios los escritores que han tratado acerca de la importancia histórica de las monedas antiguas, y no me es dable estenderme cual debiera en este ya ventilado asunto, creo conveniente tratar de él, porque no hay región alguna de Europa para quien pueda tener la numismática igual interés. Nuestra serie monetaria comprende un gran número de siglos, y es muy fecunda en diferentes caracteres sumamente variados, lo cual, unido á la variedad de anversos, reversos y leyendas, despierta el deseo de conocer los pueblos donde se acuñaron, los objetos que representan, el motivo que pudo haber para ello: siendo este asunto tanto mas importante cuando versa sobre tiempos desconocidos, pues nosotros ignoramos casi totalmente cuanto pasó antes de los romanos, y tenemos que atenernos á lo que dijeron sobre nuestro país y costumbres extranjeros mal enterados siempre, y la mayor parte de ellos sometidos á la dominación de

nuestros opresores; por lo cual no pueden inspirar confianza en su veracidad, importándoles mas contemporizar con los gobiernos, que faltar á la verdad, con tal de que así pudiesen alcanzar los favores de aquellos.

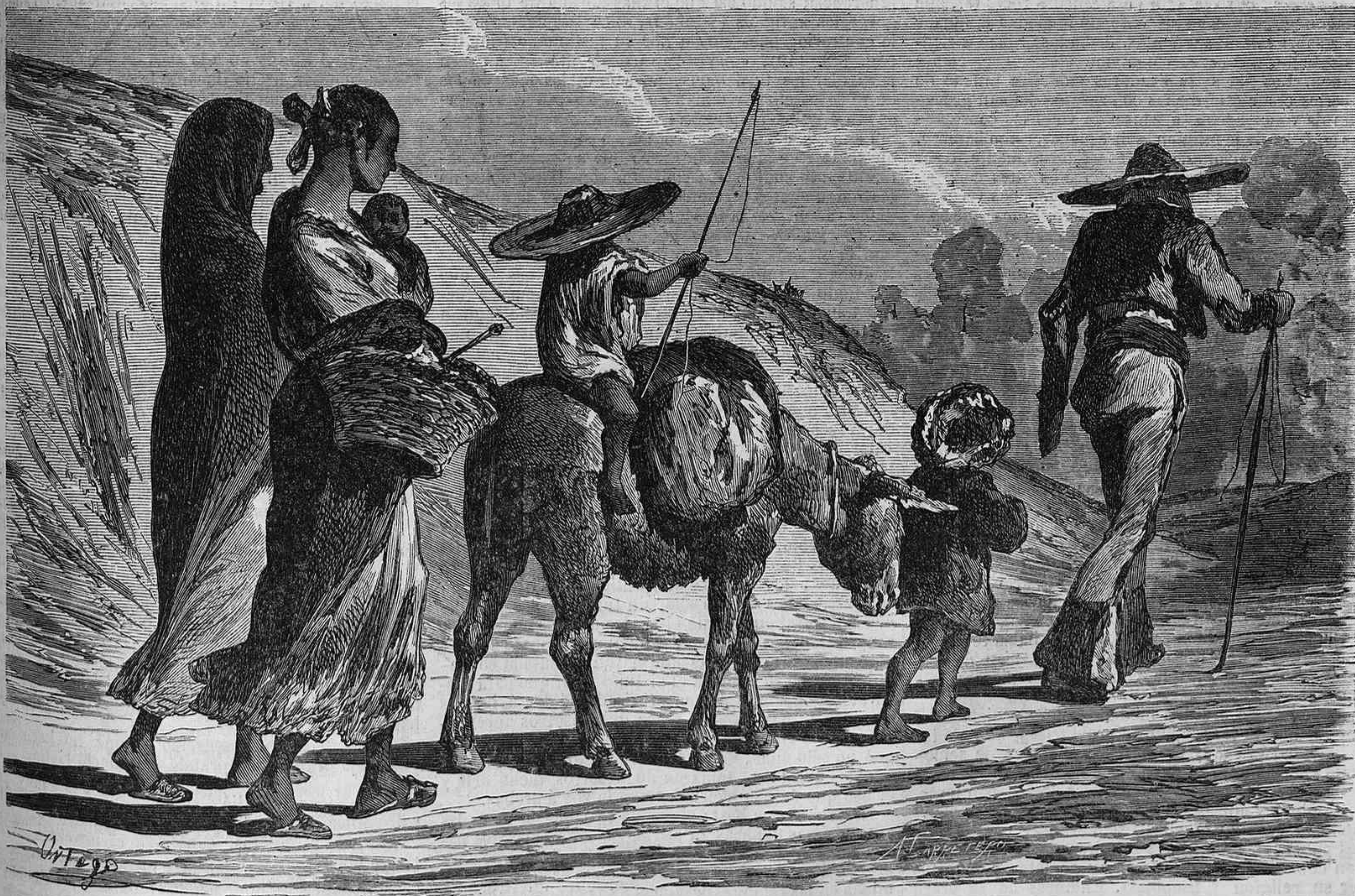
El estudio de nuestras monedas antiguas tiene el mérito de hacerse en monumentos auténticos, originarios del país, y en otros fabricados por extranjeros vecindados en él, y que podían conocerlo mejor por tanto que los escritores, sólo instruidos de nuestras cosas por sujetos apasionados, quizá ignorantes y enemigos de nuestra gloria. Así, el juicio de los historiadores hispano-romanos debe ser mas exacto y estenso para nuestras cosas que el de los que no lo son; pero es preciso tener presente que ni aun ellos podían decir toda la verdad en muchos asuntos, y que siendo colonos romanos ó habitantes de la capital del mundo, miraban con desden á los hijos del país y á sus costumbres, haciendo alarde de su origen, y prefiriendo adular á los magnates del imperio para ser atendidos en sus carreras ó vivir tranquilos sin esposicion á que se les mirase como sospechosos.

Así, al leer una historia, conviene tener muy presente la posición de su autor, pues el mas verídico puede por ella ocultar lo que sabe, aunque parezca debió decirlo.

La gran imparcialidad de Tucídides fue debida á la circunstancia de que, siendo ateniese, no gustaba de la democracia, bajo cuyo gobierno salió desterrado, y por esto su amor á la patria estuvo contrabalanceado



LAS ORILLAS DEL NILO.



UNA FAMILIA DE GITANOS ESPAÑOLES.

por el apego que tenía á los oligarcas lacedemonios, que eran enemigos de aquella. Suetonio pinta con demasiada claridad los vicios que tuvieron los antiguos Césares, á fin de que los romanos pudiesen apreciar las virtudes del extranjero Trajano, que por modestia no quiso que ningún escritor coetáneo escribiese su historia. Tácito no puede ser totalmente creído, á pesar de su sensatez, cuando habla de Domiciano, perseguidor de Agrícola su padre político, y lo mismo sucede en mayor escala con otros historiadores mercenarios, ó que al escribir lo hicieron movidos por la pasión; así, hasta la más noble, que es el patriotismo, perjudica mucho á la buena crítica, siendo por otra parte muy útil cuando no se trata de asuntos propios. Por eso Cornelio Nepote pudo tratar imparcialmente á la mayor parte de sus héroes, pues no eran romanos; mas cuando habla de su amigo Atico, no merece igual confianza. Es por tanto indispensable no confiar demasiado en la historia, y con mayor motivo cuando entra en pormenores, pudiendo asegurarse que son inexactos en su mayor parte según lo prueban los diferentes juicios remitidos por los historiadores contemporáneos, cuando no se copiaron los unos á los otros. Así el juicio de los sucesos ocurridos en Roma durante sus revoluciones es diferente en César y Salustio, á pesar de la dependencia del segundo que fue subordinado del otro. Y aunque todos están conformes en la criminalidad de Catilina, nadie le trató peor que Cicerón, su enemigo personal, no habiendo osado ninguno defenderle por temor, pues al verificarlo se esponía á ser perseguido como revolucionario; mas á pesar de todo, César llevó á cabo muchas de sus ideas, cuando fue omnipotente, y el vetusto y corrompido sistema defendido por Cicerón, sucumbió con él.

Siendo notorias estas faltas de exactitud cometidas por los historiadores mejor conceptuados, al tratar de sus propios sucesos, ¿cuáles no pueden ser las en que incurran cuando hablan de las ajenas por sólo informes? por tanto deben ser muy atendibles y preciosos cuantos pormenores contienen los monumentos, medallas é inscripciones legítimas que se han descubierto, á fin de que los venideros conozcan la religión, costumbres y prosperidad de los pueblos. Tienen también la ventaja de no haber sido adulteradas por los amanuenses, que al copiar los antiguos códices incurrian en frecuentes errores involuntarios, cuando no en falsificaciones maliciosas é intencionadas, cuyo objeto era conservar abusos y dar motivo á odiosos privilegios, destinados á servir de base para obtener pingües rentas los sujetos ó corporaciones en cuyo favor se suponían expedidos. La ignorancia de aquellos tiempos, en los cuales muy pocos sabían escribir, dió frecuentemente margen á estas criminales trampas, de las que fueron y aun son víctimas los sencillos pueblos, cuya candidez era muchas veces tal, que estaban persuadidos era delito de impiedad la menor duda sobre tales documentos, dejándose robar pacientemente por no aparecer contaminados con semejante crimen. Los tales falsificadores cuidaban mucho de hacerles creer que dichas concesiones habían procedido de votos hechos á causa de victorias conseguidas en favor de la religión, sobre plagas, como hambre, sequía ó inundaciones, evitadas milagrosamente, ó por efecto de servicios prestados bajo diferentes conceptos; mas como los falsarios carecían muchas veces de la debida crítica, resultaron anacronismos que han descubierto después su falsedad: pudiendo reputarse apócrifos cuantos privilegios se hallan en semejante caso y aun bastantes de los que poseen todos los caracteres de los verídicos, porque todos los falsarios solían cuidar mucho de que no fuesen conocidas sus tramoyas, máxime cuando obraban por sí mismos; siendo lo más común lo hiciesen en conciencia y acaso mandados por superiores y no estando exentos de ello los mismos gobiernos cuando creían poder convenirles.

Lo más raro consistía en que estos engaños eran notorios á todas las personas instruidas, sin perjuicio del gravamen que traían las consecuencias del privilegio, pero callaban por la causa que dejó citada ó por no grangearse la enemistad de los sujetos ó corporaciones privilegiadas que eran por lo común poderosas, influyendo también el amor patrio que suponían mancillado con la manifestación de la verdad. Escusado juzgo decir que lo más ordinario era estar exentas de las cargas anejas al goce de los privilegios aquellas clases ó corporaciones que podían oponerse á semejantes socialías, y entonces no había temor de que tratasen de estirparlas porque obtenían de esta manera beneficios, que consistían en librarse de aquellas.

La índole de la Edad media, dispuesta siempre al aislamiento de las regiones, provincias y aun de los individuos, era muy propia para el sosten de semejantes demasías, porque dependiendo gran parte de los pueblos de señores particulares, les daban leyes, costumbres y aun pesos y medidas distintas, fomentando el odio entre ellos, siendo muy común que dos poblaciones limítrofes se mirasen con tanta aversión como hoy dos estados muy remotos y opuestos por su religión y fisonomía. Entonces no se creyó robo el despojar á los forasteros de su propiedad, el

imponerles onerosísimos derechos de portazgos, pontazgos y pase de barcas, el pedirles en las posadas un triplo de lo que valían las cosas; y hasta en el mismo seno de las familias el primogénito era una especie de soberano que absorbía casi todo el patrimonio, tratando á sus hermanos cual si fuesen sus vasallos, y negándoles á veces los alimentos indispensables para subsistir, lo cual no impide haya un partido que sueñe en restablecer las vinculaciones.

Enunciados los defectos de las historias mejor conceptuadas, cuando tratan de asuntos de partido é interés de las clases y corporaciones prepotentes, debo manifestar que la parte antigua de la nuestra se funda únicamente en asertos de extranjeros indiferentes ó enemigos, según lo dejó espuesto, pues solo contamos con Floro y Lucano, Silio Itálico y Pomponio Mella, que accidentalmente tratan de nuestras cosas como poetas los unos, como historiador el primero, y cual geógrafo el último, que como si tuviese rubor de ser español, dice era natural de Mellaria, colonia de fenicios. Teniendo presente dicha escasez de datos históricos, son preciosos cuantos arrojan de sí los monumentos, pues aunque inconexos y parecidos á páginas esparcidas de una grande obra, puede en ellos contenerse algo importante, siendo notable que sean más fecundas en datos las medallas primitivas. Sensible es por cierto, que el vandalismo de los procónsules y pretores romanos, haya concluido con las más interesantes pruebas de nuestra grandeza, porque arrasaron todos los edificios suntuosos en los doscientos años de guerra que con ellos sostuvieron nuestros mayores defendiendo nuestra independencia, y esto no lo verificaron por necesidad, sino intencionalmente, pues creían peligroso á su dominación cualquiera edificio capaz de ser defendido. Así, Tiberio Graco destruyó trescientas ciudades, y Catón y Bruto hicieron lo mismo durante sus gobiernos; siendo notable que éstos fueron de los mejores que vinieron á España. Semejante barbarie, de la cual apenas hay ejemplar en la historia, concluyó con todos los recuerdos de nuestra historia, y sólo algunos acueductos y puentes, que no podían servir para defensa, sobrevivieron á tamaña destrucción, no pudiendo asegurarse cuáles sean estos por confundírselos con aquellos que se construyeron en la época del imperio; mas los romanos deben naturalmente ser parecidos é inferiores á los edificios de igual naturaleza que había en su capital, y por tanto, es de presumir no son obra suya aquellos que difieren mucho en su forma, ó son mejores; pero el afán de romanizarlo todo en España ha hecho considerar á muchos como suyos, sin embargo de que no tienen inscripción que así lo acrediten, creyéndose que sólo ellos eran capaces de construirlos y complaciéndose los mas en suponer que los españoles vivían en la mayor ignorancia; siendo así que el más filósofo de todos los geógrafos antiguos (Strabon), dice terminantemente lo contrario, pues consta por su testimonio (lib. III, pág. 139, 140), «que hacían uso de gramática, y en particular los turdetanos, pues eran los más doctos entre todos ellos, y tenían monumentos escritos, que según ellos se remontaban á una antigüedad de seis mil años, y poemas que contenían sus leyes puestas en verso y de igual fecha, pero que su lengua era diferente»: lo cual estaba conforme con el testimonio de los monumentos y monedas que aun se conservan. Siendo admirable la frescura con la cual un autor francés (Bartelemy *Numismatique ancienne*, pág. 70) dice que el sistema monetario ibérico, principió durante la lucha que hubo entre españoles y romanos, y que por tanto los tipos de nuestras antiguas monedas fueron tomados de los denarios romanos, donde figuran los dioscuros montados llevando lanza en ristre, como sucede con algunas celtíberas, que tienen un ginete en igual posición. Tal es el fundamento principal para sentar tamaño disparate, pues aunque el mismo Strabon dice que los lusitanos usaban, en lugar de moneda, trozos de plata que cortaban en planchas según el valor de los objetos, esto no quiere decir no tuviesen piezas acuñadas como recuerdos históricos, y menos que los demás pueblos de la península ibérica hiciesen lo mismo, porque en tal caso, no se hubiera circunscrito á citar ésta como exclusiva costumbre del citado pueblo, siendo voz general de todos los demás españoles. Con igual ligereza afirma, citando á otros modernos, que los alfabetos antiguos del país, eran sólo variedades de uno sólo, sin tener presente lo dicho por Strabon, y que citan los autores modernos, muy distantes de conocer fundamentalmente los dichos alfabetos por mas que hayan intentado conseguirlo, como lo testifica el distinto valor que para descifrar sus leyendas se ven precisados á dar á iguales caracteres. Así, lejos de creer que nosotros aprendimos de los romanos el arte de hacer moneda, opino que no sólo ellos, sino también los griegos y demás pueblos antiguos, tomaron de nosotros dicho arte y el uso que de ella hicieron como lo voy á probar.

Notorio es que hasta el día no se conocen monedas antiquísimas egipcias ni asirias, siendo estas dos naciones de una antigüedad tan remota, lo cual no sorprende á quien sabe que ambos países eran escasos de minas en las regiones próximas á sus capitales situadas en terrenos de ascenso ó modernos.

Los griegos, á cuyas monedas se las cree las primitivamente acuñadas, pusieron en ellas caracteres arcáicos, pero conocidos por su gran semejanza con los posteriores de que hicieron uso en la época de su mayor renombre, y estos mismos desconocían la moneda acuñada en tiempo de Homero, pues sólo la tuvieron, según se cree, sobre unos 600 años antes de la era vulgar. Los saguntinos, que también eran hebreos ó griegos primitivos, las acuñaron cuando su alfabeto desconocido, que fue base del griego de las medallas más antiguas, por tanto, las de éstos deben ser anteriores á las reputadas como primitivas en aquel país, como lo son también más que las acuñadas en Emporion y Rodion, que estaban en España, y fueron construidas por los focios 600 años antes de Jesucristo, según se cree. Así, lejos de habernos enseñado los romanos dicho arte, lo aprendieron de nosotros los toscanos, sus mayores, que como los griegos, recibieron este adelanto por conducto de las ciudades focias de España, que lo habían adquirido de nosotros, siendo una prueba de ello la época, en la cual se creen acuñadas las más antiguas de Grecia, pues coincide su fecha con la en que se fundaron las dos citadas ciudades.

(Se continuará.)

ELIAS G. TUÑÓN Y QUIRÓS.

DANZAS MARROQUIES.

Este grabado representa una danza de judíos, —una de esas fiestas especiales, donde parece que el espíritu humano se duerme en medio de la más lánguida de las expresiones de la naturaleza, —entre el humo del tabaco y el éxtasis del placer de los sentidos. Ni los más graves asuntos lograrían levantar á un marroquí, ni distraerle de su inmovilidad casi absoluta. Los judíos con sus graciosas danzas y el encanto de su belleza, respondiendo á las exigencias de la ley vienen á tender el velo de la materia sobre ellos, durmiéndolos profundamente. Sus mujeres también permanecen indiferentes por celos y envidia y sólo cuando se ven libres de testigos y entre ellas mismas, suelen entregarse al baile.

CARETAS Y DISFRACES.

SONATA CUARESIMAL A CUATRO MANOS.

El último día de Carnaval del año último, á la hora solemne en que la farsa inmunda vá á abismarse en el fango del arroyo, en que se cae al suelo rendido por los vapores del vino el mascarón que ha bebido demasiado en la taberna, en que salen del baile en dirección al Hospital ó á la casa de préstamos los infelices que han hecho durante la noche entera dimisión de seres racionales, fueron á sentarse al umbral de un figon de la calle de Embajadores, un hombre y una mujer, semi-dormidos ambos, pálidos, estropeados y expresando en sus fisonomías el hombre una gran fatiga y la mujer la tristeza más angustiosa.

Rato hácia que estaban recostadas aquellas dos sombras cada una contra un ángulo del portal, cuando pasó por la silenciosa calle un conocido mío, novelista sin editor, que dedica sus largos ocios á la observación de las miserias sociales, mas visibles de noche que de día. El tal se detuvo delante de las máscaras, las miró un rato y así que iba á dirigirles la palabra exclamó el hombre con voz ronca y como sarcástica:

—¿Busca algo por aquí este caballero?

—Un sitio donde cenar y alguno que quiera acompañarme, replicó Juan Martínez el novelista.

—Pues aquí ha encontrado V. lo uno y los otros respondió su interlocutor. Ea, chiquilla, añadió dirigiéndose á la mujer que le acompañaba, vamos á cenar ahí dentro, que el señor paga.

Entraron los tres en el bodegón y pidieron. Mientras los convidados saciaban su hambre, examinábalos detenidamente mi conocido. Aunque cubiertos de grotescos harapos y tiznadas las caras, se adivinaba que los mascarones habían sido un tiempo lo que se llama: *personas de educación*. Hasta podía asegurarse que la mujer conservaba restos de distinción y belleza.

Así que acabaron de comer trájoles aguardiente el mozo que les había servido; el hombre no lo probó, pero en cambio la mujer tanto se echó al colete que no tardó en caerse tendida encima del mugriento banco.

—Tres días han trascurrido ya que no hace otra cosa, dijo el hombre mirando con cierta lástima á la infeliz.

—¿Te vienes? añadió dirigiéndose á Juan Martínez y disponiéndose á salir.

—Donde tú quieras, contestóle el novelista. Pero ¿y esa chica?

—Ya se lo encontrará cuando despierte, replicó el tiznado.

Cogiéronse del brazo los dos nocturnos paseantes y

empezaron á andar. Una luna sepulcral iluminaba con verdosa claridad las calles y plazas innumerables por que transitaban. Detenia su paso á veces alguna que otra sombra envilecida que se les acercaba para murmurar á su oído palabras dolorosamente vergonzosas; las luces de gas ó de petróleo ardian con trémula y rojiza llama á gran distancia unas de otras y aumentaban todavía mas la tristeza de aquellas calles anegadas y vacías. Palacios, cuarteles y ex-conventos, parecidos todos á cárceles; altas y sombrías casas con fachadas aspilleradas de balcones y rendijas; almacenes y fábricas con paredes ahumadas y llenas de ventanas que se estendian semejantes á literas de nichos gigantes; iglesias de parduscos y descarnados muros, mas fríos aun que el mismo aire de la noche eran las solas vistas que se ofrecian á los dos trasnochadores. No llegaban hasta ellos otros ruidos que el de los violines que se rascaban en las salas de baile, el monótono rumor de los coches que rodaban por las fangosas calles, y los gritos que lanzaban los mascarones que se retiraban de las tascas.

—Esos días de Carnaval no me gustan, empezó á decir Juan. Cada uno se disfraza de lo que mas dista de ser; tú que eres blanco te has pintado de negro...

—Y en cambio, en lo restante del año muchos que son negros se pintan de blanco, le dijo interrumpiéndole su compañero. Tú mismo que se ve á la legua que eres un *cursi* tronado, acabas de disfrazarte de rico convidando á cenar á gentes que no conoces. Eso pasa frecuentemente, aunque bajo formas menos benéficas para la gente famélica. En el mundo nada hay mas comun que ver á los cobardes blasonar de audaces y á los desvergonzados ponerse encendidos al oír una palabra mal sonante. Las conveniencias sociales ¿son otra cosa que un disfraz? El rostro de muchas personas ¿es otra cosa mas que una careta? ¿No te ha sucedido enamorarte de una mujer bella y bien vestida, de lo cual deducias que era honrada, siendo asi que por el contrario almacenaba en su interior cuantas ignominias puede imaginar un defensor de las penas infamantes? ¿No te ha sucedido, al ver el fausto y la esplendidez de un grande, tomarlo por un hombre desinteresado y generoso, siendo asi que en su casa no dá de comer á los criados y riñe con su yerno sobre quien ha de costear los cabos de vela que se ponen en los faroles de su coche? El mundo es muy triste compañero.

—Pero durante esos tres días se divierte.

—Es cuando se divierte menos, porque es cuando tiene mas obligacion de demostrarlo. Hacer de la alegría una sensacion impuesta es no mas que un absurdo. Y luego ¿hay cosa que produzca mas tristeza que el placer? Las mujeres te dirán los malos ratos que les cuesta una hora de goce: los hombres te contarán como les quedan los nervios despues de un exceso de deleite. La alegría es la primera parte del dolor. El baile estenua los placeres sensuales vuelven tísicos á los que van tras ellos.

—¿Y cómo me esplicas, pues, que todos corran tras del goce?

—Porque los hombres viven de ilusiones y les gusta vivir asi. ¿No es acaso una aberracion encontrar placer en la deshonra de una pobre chica? ¿No lo es mirar como la suprema felicidad tener mucho dinero que gastar? Me parece que sería mas natural y lógico experimentar un gusto en honrar la castidad y que sería mas decoroso soportar con sencillez y dignidad la pobreza y hasta la miseria misma. Pero nadie piensa de este modo.

—¿Sabes que para estar en Carnaval te encuentro bastante lúgubre?

—No es preciso estar en Carnaval para ver hombres disfrazados y para meditar sobre las vanidades mundanas. En lo demás del año ¿hacen otra cosa las mujeres que disfrazarse de hombres y *vice-versa*? ¿Qué se ha hecho la antigua virilidad de los unos, la antigua mansedumbre de las otras? Tu mismo ¿eres acaso otra cosa mas que una mujercilla? ¿Tu querida es acaso mas que un señorito? Todos los jóvenes de ahora teneis las preocupaciones de una damisela; los trages, las corbatas, los cuellos postizos, las botinas, las sortijas, las cadenas, son tan solo lo que constituye vuestro pensamiento. ¿Ideas elevadas? Las que teneis montados á caballo. ¿Génio? Sí: en escoger el color de los chalecos. ¿Qué espresion les dais á vuestras caras? La mas afeminada, decente, correcta é infatuada que podeis. ¿Vuestro valor se prueba con frecuencia? Sí, pardiéz: en vuestros pescuezos descubiertos que hacen tiritar, en vuestros valeses que marean, en vuestros cigarros que matan como veneno, en vuestro calzado que ocasiona de puro estrecho llagas gangrenosas en los pies. Y cuando os peinais la barba y os rizais el pelo, cuando os estirais los puños, cuando lucis las sortijas, cuando os haceis el lazo de la corbata delante el espejo, cuando os probais los guantes, cuando estais en sociedad, en fin, ¿sois acaso mas que mujercillas? ¿Era otra cosa por ventura vuestro modelo don Agapito Cabriolas?

—Que los hombres tienen mucho de maricas, lo concedo. Pero ¿qué encuentras de hombruno en las mujeres?

—Primero el traje, despues el carácter. Cuando te

enredaste con esa polluela de quien estás enamorado y que cuenta seis años menos que tú, ¿podias figurarte que habia tenido mas novios que novias y queridas habias tú tenido, y eso que no eres ningun modelo de virtud? ¿Podias imaginarte que te aventajase en robustez física, supuesto que ella baila trece bailes seguidos, inclusa la galop, sin que se canse, y que tú no puedes resistir ni la mitad por dolerte los callos? ¿Has pensado tú nunca tanto como ella en lo que cada uno traerá al casarse? ¿Tendrias nunca tan duro el corazon que blasonases de no tener honra, como hacen esas ignominias que dicen: *Adios, hermoso*? ¿Te dejarías tu vender nunca con la frialdad que se dejan comprar ellas? ¿Qué hombre se desprenderá jamás tan valerosamente de su honra como se desprende de la suya una mujer vulgar?

—Cosas son las que me estás diciendo que á no ser hoy Carnaval creeria que las das como reales. Yo conozco muchos y muchos hombres y muchas y muchas mujeres que son modelos de virtud y están muy distantes de poderseles aplicar las singulares teorías que has descubierto.

—Aun concediéndote esto, no me podrás negar que todos vamos disfrazados, si no de sexo, de figura. Entra en un cafe, en una iglesia, en un teatro, da un par de vueltas por un paseo, y observarás que cada fisonomía te recuerda la de otra persona ú otro ser. Asi es que verás muchos semblantes de *madonas*, bocetos de enfermos crónicos, retablos bizantinos, cabezas de toro, frentes de hotentote, tipos de Rubens, reducciones de gigantes de procesion, retratos de Felipe II, fisonomías de Celestinas, sonrisas de serpientes, perfiles de perro, órbitas de loco, narices á lo Quevedo, caras de luna, Napoleones primeros, visajes á lo Teniers, rostros de ángel (¡tambien!) muecas de sátiro, mandíbulas de tiburón, mejillas de rosas, aposturas qui-jotescas, vientres á lo Sancho Panza, miradas de zorro, barbas de fraile, cataduras melistofélicas, cráneos de esqueleto, bocas mesalinescas, ausencia completa de rostros nobles, puros, magestuosos. Ya ves cuántos disfraces.

—Esos disfraces, como tú dices, pueden ser físicos, pero no morales.

—Tambien los hay. Encontrarás almas de héroe disputando su alimento de basura á los perros vagabundos, y corazones putrefactos debajo el seno nevado y sedoso de una cortesana. Verás manifestarse el génio debajo el duro cráneo de un obrero y sacar el idiotismo sus orejas detras de los anteojos de oro de un académico. Descubrirás al usurero bajo el manto de presidente de una sociedad de beneficencia y al protector del desvalido en alguna lóbrega vivienda. Ya ves tambien cómo la moral no está siempre donde aparenta estar. Pero estoy que no puedo mas y voy á volverte.

—Volvámonos los dos. ¿Pero sabes que lo que me has dicho esta noche da á entender que tienes recibido algun agravio de los hombres?

—¿Yo? Mal pueden agraviarme si no vivo entre ellos; lo único que me está pasando es que mis palabras les disgustan.

—¿Quién eres, pues?

—Actualmente me llaman el *Realismo*, pero antes me conocian por la *Verdad*.

—Te nombro mi musa desde ahora. Y aquella que iba contigo era alguna mujer como las otras?

—Tampoco; era la *Razon*, que ahora no anda muy en claro. Conque aquí he de dejarte. Pronto saldrá el sol y la verdad no puede decirse nunca á la luz del dia.

—Adios y que sigas tan bueno, amigo.

—Los dos cambiaron un apretón de manos y se separaron luego. Cuando el misterioso mascarón llegó á la tasca de la calle de Embajadores encontró á la *Razon* sin que la hubiese recobrado todavía.

ALFREDO OPISSO.

ALBUM POETICO.

EN EL ALBUM HUMORISTICO DE LA INSIGNE POETISA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Principio de una epístola que hubiera tenido fin, si el que la escribió la hubiese concluido. Ahora recuerdo que no sé quién ha escrito algo semejante en no sé dónde (1).

Mi señora doña Tula,
que llaman la *Avellaneda*,
en la república ilustre
de las castellanas letras,
no halla palabras mi pluma
ni acentos halla mi lengua
para decir lo que valen
vuestro ingenio de poeta,
vuestro donaire de dama,
y la luz que centellea
en esos ojos cubanos
negros como la tristeza

(1) Véanse las *Tentaivas literarias*, de don Miguel de los Santos Álvarez.

y grandes como las dudas de la humana inteligencia.

El principio no es muy malo, la comparacion es bella, pero le encuentro un defecto, es copia y copia completa de una celebrada copla de las que *Fernán* cosecha en sus bellas colecciones de cantares y sentencias.

Y pues de lo malo poco ¡vaya otra reminiscencia! (1) dejo en proyecto la carta y pongo aquí firma y fecha.

Sevilla tres de febrero,
mil ochocientos sesenta
y seis años de la gracia,
que anunciaron los profetas
y que enseñó Jesucristo,
salvador y gloria nuestra.
Me gusta el fin, por lo propio;
¡si parece una novena!

LUIS VIDART.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

AVENTURAS DE UNA SILLA,

CONTADAS POR ELLA MISMA.

(CONCLUSION.)

El caballero que me habia comprado se presentó en seguida y me designó mi lugar en el recibimiento. Rabiaba yo por saber el motivo por qué se me habia llevado á una casa donde en realidad no hacia falta para nada. Pero en este tiempo habia visto ya lo suficiente para esperar con paciencia hasta que llegara el día en que descubriera este secreto. No tardé mucho en saber su esplicacion, pues mi dueño al pasar un dia con algunos amigos, me señaló diciendo: «Esa silla es de un vínculo y se halla en mi familia desde antes del diluvio.» Probablemente lo mismo pertenecia yo al vínculo que todos los cuadros que enseñaba á sus convidados como retratos de sus antecesores. De seguro se hubiera ruborizado mi rostro si le hubiese tenido al ver que mi venerable apariencia era causa de que se me pusiera como testigo para probar los derechos de mi poseedor á una antigua descendencia, pero me consoló de mi indignacion la esperanza de una pronta estimacion de estas absurdas pretensiones. Me alegré de ver los alguaciles en casa, me alegré de ver puestas pequeñas targetas en cada uno de los muebles y marcada yo misma con el número 34, y de ver, por último, una multitud de personas reunidas para la almoneda de los muebles. Cuando se proclamó el número 34 oí á uno de los amigos de mi último poseedor decir en voz bastante alta, é imitando con cierta indiferencia, aunque bastante bien, el tono y maneras de mi último propietario: «Esa silla es un vínculo.» —«Que se halla en la familia desde antes del diluvio,» observó un segundo. «Hecha de la misma madera que el arca de Noé,» añadió otro. «Hé ahí sus armas,» continuó un cuarto personaje, señalando, no á mis adornos semi-heráldicos, sino á los brazos que dan su nombre á las sillas de mi clase. Habiendo cesado las críticas, se procedió á la venta y cambié otra vez de poseedor.

Mi historia toca á su fin. Me compró este propietario y he sido colocada en este cuarto, donde he pasado el tiempo mas agradable de toda mi vida por las diferentes clases de personas que á él concurren. Algunas veces, cuando no hay ningun forastero, á los que está especialmente destinada esta habitacion, no dejan de visitarme los de la casa y aun algunos vecinos de la ciudad y me entretengo mucho comparando las opiniones de los hombres activos que suelen parar con frecuencia aquí, con las de los pacíficos vecinos que han pasado toda su vida en su ciudad natal. En este cuarto he oído discutir todas las cuestiones sociales con una imparcialidad y calma proporcionada á su importancia. Dos ancianos me han interesado sobremanera por sus continuas invectivas contra las numerosas innovaciones que se ven obligados á presenciar y he podido descubrir que únicamente aprueban los adelantos que se hicieron mientras ellos adelantaban y los progresos que tuvieron lugar ínterin avanzaban ellos, y que no cambiando, favorablemente al menos, ellos mismos, no les agrada ningun cambio en las demás personas ó cosas. Se quejan cordial y amargamente de todas las variaciones ocurridas en su poblacion y sus alrededores y suspiran por aquellos buenos tiempos, cuando únicamente debian quejarse de sus naturales enfermedades y suspirar por la pérdida de la juventud. Reservan todo su ódio y desprecio para el camino de hierro recientemente construido y suponen hundirá á la ciudad en la miseria y destruirá

(1) Véanse las poesías de don J. E. Hartzenbusch.

DIME COMO MONTAS Y TE DIRE QUIEN ERES.



UNA AMAZONA DE LA CORTE.



À LA INGLESA.

á todos sus habitantes con sus repetidas desgracias. En prueba de lo razonables que son sus predicciones, refieren que han quedado sin ocupacion una multitud de tragineros y arrieros, y que no hace mucho murió un hombre de resultas de un percance ocurrido en el ferro-carril. Asegúrase que la ciudad se hubiese arruinado ya, si no hubieran venido á residir á ella una porcion de extranjeros y se hubieran construido muchos edificios nuevos desde que está en explotacion la línea. Pero me parecen tan contradictorias estas predicciones de desgracias; temiendo el uno la desaparicion de los habitantes y negocios y aparentando el otro temer mas bien su repentino enriquecimiento, que silla y todo como soy, no temo que la ciudad pierda nada en su nuevo cambio. Desde luego la triste perspectiva no está limitada á sólo esta ciudad, se estiende á toda España y sus mas remotas colonias. Creen que la literatura y las artes han decaido, que los ferro-carriles y los telégrafos ocasionarán su destruccion. Algunas veces participo de su ansiedad y no puedo menos de estremecerme al contemplar el futuro, pero mi cuidado procede de causas muy diferentes. No puedo menos de reirme de sus ridículos temores, pero me hace temblar el ver la facilidad con que la generacion presente prefiere las costumbres estrañas á nuestras naturales costumbres. ¡Ya no existen las sillas de brazos! Aquellos venerables monumentos en que recostaron sus cuerpos los Avilas, los Tostados y los Rivadeneiras han cedido su puesto á las butacas modernas. ¡Si creerán los españoles que dió Alfonso XI la batalla del Salado recostado en una silla de muelles, ó que era de alambre el asiento de la litera del duque de Alba? ¡Pobre España! ¿qué va á ser de tí si olvidas conmigo, la última de aquellas célebres veteranas que comenzaron su carrera con el ilustre Alarcon, sus antiguos usos, las gloriosas páginas de tu historia? ¿No comprendes que tus blandas costumbres producirán tu decadencia? ¿No descubrió Colon la América, ni conquistaron Cortés y Pizarro á Méjico y al Perú reclinados en colchones de viento! No, semejantes muebles, digno juguete de niños, serian buenos para Motezuma y sus sucesores que perdieron un imperio. Los romanos se hicieron señores del mundo, mientras conservaron la rudeza de sus hábitos primitivos y le perdieron cuando vino Atila que se sentaba en una silla de madera y regalaba á sus esclavos los muebles de lujo conquistados á los decaidos pueblos que estaba llamado á regenerar. Abandonad, pues, las butacas; continuad usando las sillas de brazos, que en ellas se sentaron desde Pelayo hasta los Reyes Católicos, desde el Gran Capitan hasta el Gran duque de Osuna. ¡Ay de vosotros, si no oís mi prediccion! pues llegará un dia en que lo llorareis con lágrimas de sangre, cuando otros pueblos, menos afeminados que vosotros, vengan á imponeros el yugo que habeis merecido por entregaros á la molicie, al lujo y á las comodidades olvidando vuestras patriarcales aunque rudas costumbres.

Pero no debo entregarme á mi propension á moralizar á que me ha arrastrado la comparacion de las alegres conversaciones de los viajeros que frecuentan este cuarto, con los pensamientos estereotipados y pálidas predicciones de los que ven el futuro únicamente al través de la triste y fria imaginacion de la vejez. Aun se reúne á mi alrededor la buena sociedad, aun

presencio algunos bailes y asisto á los principales convites de la poblacion y cuando alguno de los convidados se levanta y dice:

¡Prefiero á vuestros abrazos los de esa silla de brazos!

y me mira con aire sentimental y despues chocan todos los vasos y resuenan altos y prolongados aplausos, entonces quisiera permanecer en mi rincon eternamente oyendo á las generaciones venideras discutir aquí futuras cuestiones políticas, decir nuevas chanzas y cantar viejas canciones.

El manuscrito concluía aquí, y como sabe el lector, yo estaba ya disponiéndome á marchar cuando le vi por primera vez. Le recorrí rápidamente por el camino, y cuando reflexioné en las diferentes vicisitudes porque habia pasado la vieja silla, me admiré de que los progresos de la civilizacion la consintieran conservar aquel puesto, aunque deseando que fuera su lugar de descanso.

CONCLUSION.

Tres meses despues volví á la misma poblacion y encontré á la venerable reliquia que estaba allí como testigo de su biografía. Diversas veces pasé posteriormente por la misma ciudad y la hallé en el propio lugar. Pero un verano, á los tres ó cuatro años de la aventura que acabo de referir, la eché de menos. Habíala sustituido uno de esos lujosos muebles de nogal, tafilete y muelles, cuya creciente popularidad habia ocasionado tanta alarma y dado lugar á las predicciones de su menos cómoda predecesora. Decidido, si era posible, á saber el retiro de la silla vieja, y esperando encontrarla encerrada en algun desvan, ó desterrada á algun sótano, toqué la campanilla, y en cuanto vino el criado, le pregunté qué se habia hecho de la silla de brazos. Su contestacion contuvo las siguientes particularidades que con algunos detalles seguidos de las correspondientes observaciones fueron en esta forma:

«Habiendo decidido varios vecinos de la poblacion, con licencia de las autoridades eclesiástica y civil, hacer un cementerio mas sólido, espacioso y elegante que el antiguo, este notable edificio se llevó á cabo muy en breve con gran satisfaccion de todo el vecindario y en particular de los ricos á que estaba principalmente destinado. Mas siendo necesario poner algunos muebles en su capilla y sacristía, y habiéndose gastado en la obra todos los fondos recogidos, se decidió que los efectos fueran regalo de las personas que poseyeran algunos á propósito por su forma y clase para el objeto, ó pudieran comprarlos nuevos por su buena posicion. Como mi huésped habia contribuido ya con una no pequeña cantidad en la primera colecta, no miró con mucho gusto esta segunda, y para salir del compromiso, echó mano de la silla de brazos, de que hizo generoso, espléndido y espontáneo donativo, destinándola á la sacristía del nuevo cementerio, donde no dejaba de hacer falta y podia además terminar dignamente su carrera.»

Esta noticia me hizo reflexionar sobre el destino providencial de las cosas humanas, y no quise marcharme sin visitar en su última morada al objeto que las motivaba. Por fortuna tenia una hora ó dos desocupadas y en momentos por casualidad en que se

dejaba ver á los curiosos el nuevo campo santo. Entré, pues, en él, le recorrí en todas direcciones, admiré su solidez y belleza y pasé despues á la sacristía, donde vi coronadas mis investigaciones, hallando á la antigua silla metida en una especie de calabozo, apenas bastante grande para contenerla. Al través de la luz que penetraba por los vidrios pintados de dos pequeñas ventanas, me pareció que los grifos miraban con vengativa fiereza, mezclada con cierto aire de impotencia. Todo el mueble tenia un aspecto triste, lúgubre y desconsolado que me hizo exclamar en alta voz:

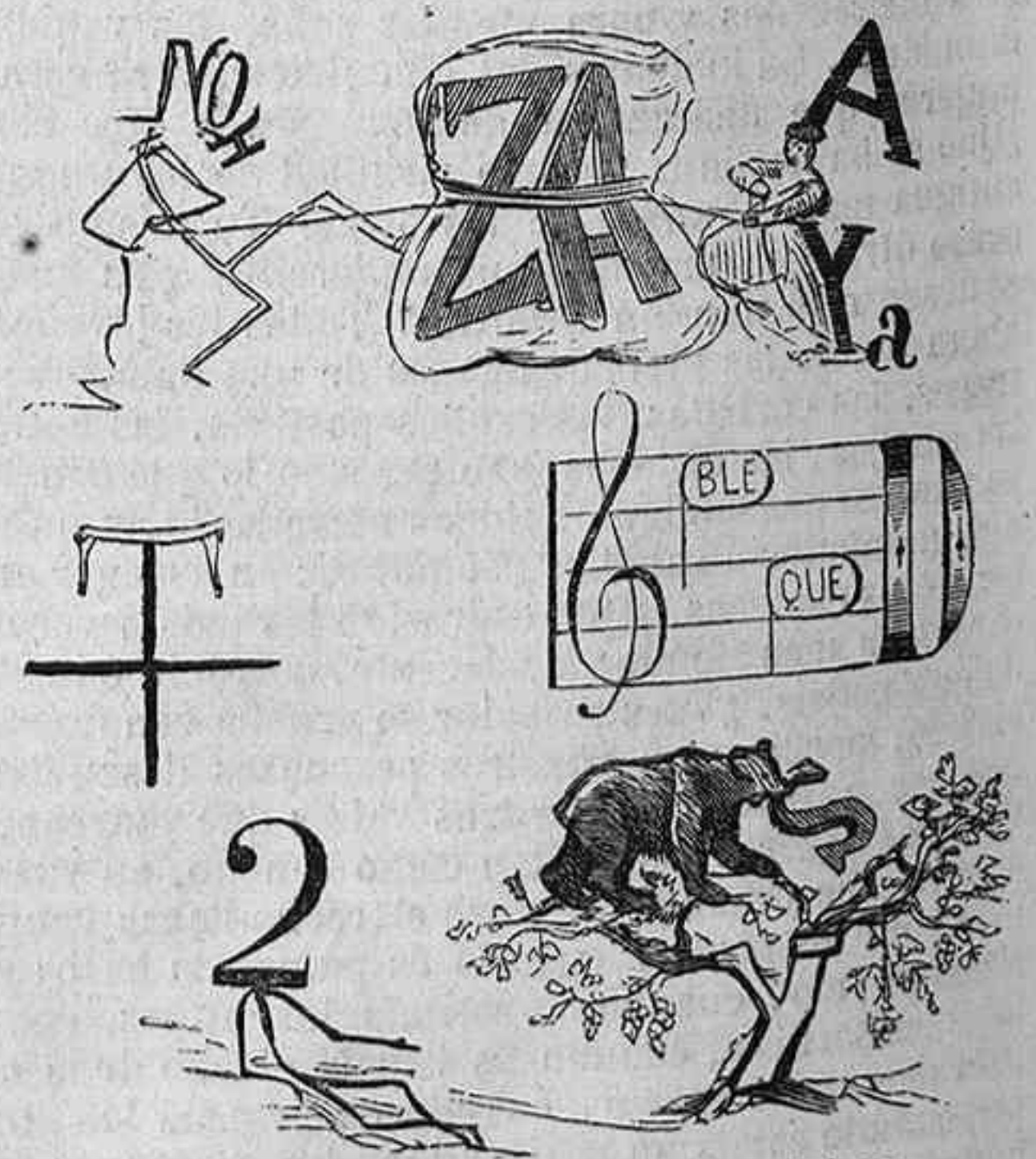
—Ya has llegado al fin de tu larga carrera. Despues de tus continuas vicisitudes, no podias esperarle mejor. Descansa, pues, entre los que te dieron el ser, á los que tanto amabas, y á los que has sobrevivido para quejarte de ellos tanto ó mas que de sus hijos aunque ahora unos y otros te dan un asilo en su última morada.

—No le tendré yo tan bueno, contestó una voz á mi lado. Me volví y vi que era el sacristan que se entretenia observando mis movimientos, mientras hablaba consigo, é ignorando sin duda el verdadero motivo que me conducia allí.

Supongo que la aventurera silla permanecerá eternamente en su actual situacion. Hay pocas probabilidades de ninguna tentativa para rescatarla y volverla al mundo á que sirvió de adorno en algun tiempo y aunque la sucedieran nuevas vicisitudes, apenas es creible hubiera plumas, tinta, papel ni oportunidad de recordarlas y mucho menos que nadie se tomara el trabajo de referir su historia. (Arreglo del inglés).

José S. BIEDMA.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el número próximo.

IMPRESA DE GASPARY ROIG, EDITORES.
CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚM. 4.